

FIESCO.—No te apures... No se trata de nada bueno... Véte, que toda tu banda te ayude. Mañana oiré noticias tuyas. (Vase.)

EL MORO. (Siguiéndole.)—Fiaos de mí. Es temprano ahora; las cuatro. Mañana á los ocho oiréis de mis labios noticias suficientes para llenar la curiosidad de dos veces setenta oídos. (Vase.)

ESCENA X.

Aposento en casa de Verrina.

BERTA, recostada en un sofá, con la cabeza oculta entre las manos.—VERRINA entra con aire sombrío.

BERTA. (Levantándose asustada.) ¡Cielos! ¡Él es!

BERRINA. (Que se detiene, y la mira sorprendido.)—¿Mi hija se asusta de su padre?

BERTA.—¡Huid! ¡Dejadme huir! ¡Me espantáis, padre mío!

VERRINA.—¿A mi única? ¡hija?

BERTA. (Mirándolo con tristeza.)—¡No! Es preciso que tengáis una hija todavía.

VERRINA.—¿Te molesta acaso mi ternura?

BERTA.—¡Me mata, padre mío!

VERRINA.—¿Cómo! ¿Así me recibes, hija mía? Siempre, cuando llegaba antes á mi casa con el corazón oprimido, mi Berta salta saltando á mi encuentro, y su presencia disipaba la montaña que pesaba sobre mi alma. Ven, hija, y abrazame. En tu ardiente corazón ha de recobrar su calor el mío, helado junto al lecho de muerte de la patria ¡Oh, hija mía! Acabáronse hoy para mí todas las alegrías de la naturaleza, y (Muy afligido.) sólo tú me restas.

BERTA. (Apartando de él sus ojos con dolor.)—¡Padre desventurado!

VERRINA. (Abrazándola afligido.)—¡Berta, mi última esperanza!... ¡La libertad ha huido de Génova! Fiesco, ya... (La estrecha con emoción, murmurando.) Tú serás una mujer perdida...

BERTA. (Arrancándose de sus brazos.)—¡Santo Dios! ¿Sabéis acaso?...

VERRINA. (Que se detiene temblando.)—¿Qué?

BERTA.—Mi honor virginal...

VERRINA. (Furioso.)—¿Qué dices?

BERTA.—Esta noche...

VERRINA. (Frenético.)—¿Cómo?

BERTA.—¡Por la violencia! (Cae en el sofá.)

VERRINA. (Después de una pausa larga y horrible, con voz sorda.)—Una palabra tan sólo, hija... ¡la última! (Con voz entrecortada.) ¿Quién?...

BERTA.—¡Ay de mí! ¡No esta pálida cólera! ¡Socorredme, Dios mío! ¡balucea y tiembla!

VERRINA.—¡Nada sabía, sin embargo... hija mía. ¿Quién?

BERTA.—¡Sosegaos! ¡sosegaos, padre mío querido!

VERRINA.—¡Por Dios!... ¿Quién? (Intenta arrodillarse ante ella.)

BERTA.—Una máscara.

VERRINA. (Retrocediendo, como si le asaltara una idea funesta.) ¡No! ¡No puede ser! ¡Dios no me inspira este pensamiento! (Sonriendo horriblemente.) ¡Viejo loco! ¡Como si todo veneno hubiere de salir de un sólo y mismo reptil! (A Berta más sereno.) Su estatura, ¿como la mía, ó más baja?

BERTA.—Más alta.

VERRINA. (Con rapidez.)—Los cabellos ¿negros, crespos?

BERTA.—Negros como el carbón y crespos.

VERRINA. (Separándose de ella vacilante.)—¡Dios! ¡Mi cabeza! ¡mi cabeza!... ¿La voz?...

BERTA.—Bronca, una voz de bajo.

VERRINA. (Con ira.)—¿De qué color?... ¡No! ¡No quiero oír más!... la capa... ¿de qué color?

BERTA.—La capa, según me pareció, verde.

VERRINA. (Que se sujeta la cabeza con las manos, y se deja caer en el sofá) ¡No tengas cuidado! ¡Es sólo un vértigo, hija mía! (Cayéndosele las manos, y poniéndose pálido como un muerto.)

BERTA. (Retorciéndose las manos.)—¡Dios misericordioso! ¡Este no es mi padre!

VERRINA. (Después de una pausa, con amarga sonrisa.) ¡Bien, bien, así, así! ¡Cobarde Verrina!... que ese malvado violase el santuario de las leyes... esa pretensión te atormentaba... el miserable debía profanar también el sagrado del hogar doméstico. (Levantándose.) ¡Pronto!... ¡llama á Nicolo! ¡pólvora y plomo!... pero, ¡detente! he pensado otra cosa mejor... Dame mi espada, y reza un padre nuestro. (Llevándose la mano á la frente.) Pero ¿qué pretendó?

BERTA.—¡Tengo mucho miedo, padre mío!

VERRINA.—Ven, siéntate junto á mí. (Con intención.) Berta, cuéntame... Berta, ¿qué hizo aquel viejo romano, cuando también á su hija... como lo nombro ahora... que encontró así, tan amable, á su hija? Oye, Berta, ¿qué dijo Virginio á su hija violada?

BERTA. (Temblando.)—Yo no sé lo que digo.

VERRINA.—¡Qué necedad!... Nada dijo. (Coge su espada de repente.) Se apoderó de un puñal....

BERTA. (Precipitándose en sus brazos horrorizada.)—¡Gran Dios! ¿qué intentáis hacer?

VERRINA. (Tirando al suelo su espada.)—¡No! ¡Todavía hay justicia en Génova!

ESCENA XI.

SACCO, CALCAÑO.—LOS MISMOS.

CALCAÑO.—¡Pronto, Verrina, prepárate! Hoy comienzan las elecciones en la República. Queremos asistir temprano á la Señoría, para elegir los nuevos senadores. Las calles están llenas de gente. Toda la nobleza corre en tropel al Consejo. Tú nos acompañarás, sin embargo, (Irónicamente.) para presenciar el triunfo de la libertad.

SACCO.—Una espada yace en el suelo. Verrina está sombrío. Berta tiene los ojos llorosos.

CALCAÑO.—¡Por Dios! También lo observo yo ahora... Sacco, alguna desgracia ha ocurrido aquí.

VERRINA. (Ofreciéndoles dos sillas.)—Sentaos.

SACCO.—Tú nos aterras, amigo.

CALCAÑO.—Jamás te he visto así, Verrina. Si Berta no hubiese llorado, yo preguntaría: ¿ha sucumbido Génova?

VERRINA. (Con acento sordo.)—Ha sucumbido... Sentaos.

CALCAÑO. (Asustado, mientras se sientan ambos.)—¡Hombre, yo te conjuro...!

VERRINA.—¡Oid!

CALCAÑO.—¡Qué presentimiento el mío, Sacco!

VERRINA.—Vosotros dos, Genoveses, conocéis la antigüedad de mi familia. Vuestros progenitores han servido á los míos. Mis padres han combatido por su patria. Sus esposas fueron modelos en Génova. Nuestro único capital era el honor, que heredaban los hijos de los padres... ¿Consta á alguno lo contrario?

SACCO.—A nadie.

CALCAÑO.—A nadie, tan verdad como Dios existe.

VERRINA.—Yo soy el último de mi linaje. Mi esposa murió. Esta hija es su único legado. Testigos sois vosotros, Genoveses, de la crianza que le he dado. ¿Habrá alguno que pueda presentarse, y acusarme de descuido en su educación?

CALCAÑO.—Tu hija es un dechado de virtudes.

VERRINA.—Yo soy anciano, amigos. Si pierdo ésta, no debo esperar más hijos. Mi familia se extingue. (Variando de tono horriblemente.) La perdí. El oprobio ha caído en mi casa.

LOS DOS. (Conmovidos.)—¡Dios nos libre! (Berta gime en el sofá.)

VERRINA.—¡No! ¡no te desesperes, hija mía! Estos hombres son valerosos y buenos. Si te lloran, la sangre correrá en otro lugar... ¡No os mostréis tan sorprendidos! (Lentamente, como midiendo sus palabras.) ¡Quien tiraniza á Génova, bien puede violar á una doncella!

LOS DOS. (Levantándose y tirando las sillas.) — ¡Gianettino Doria!

BERTA. (Gritando.)—¡Aplastadme, paredes! ¡Mi Escipión!

ESCENA XII.

BORGONINO.—LOS MISMOS.

BORGONINO. (Con animación.)—¡Alégrate, joven! ¡Una fausta nueva!... Vengo, noble Verrina; á recoger mi dicha de tus labios. Largo tiempo hace que amaba á tu hija, y no osaba pedirtela, porque toda mi fortuna bogaba desde Comandel en leños frágiles. Mi ventura entra ahora bien conservada en el puerto, y me trae, según dicen, inmen-

tos tesoros. Soy un hombre rico. Dame á Berta, y la haré feliz. (Berta se cubre el rostro; larga pausa.)

VERRINA. (Pensativo, á Borgonino.)—¿Tenéis, oh joven, el capricho de arrojar vuestro corazón en un cenagal?

BORGONINO. (Lleva la mano á la espada, y después la retira.)—E! que ha hablado es su padre...

VERRINA.—Esto mismo ha de decir cualquier bribón de Italia. ¿Tomaréis de buen grado los restos del banquete ajeno?

BORGONINO.—No me hagas perder el juicio, anciano.

CALCAÑO.—Borgonino, ese anciano dice la verdad.

BORGONINO. (Levantándose y lanzándose hacia Berta.)—¿Es cierto lo que dice? ¿Será posible que una hipócrita me haya engañado?

CALCAÑO.—No tanto, Borgonino. Esa joven es pura y angelical.

BORGONINO. (Que mira callado y sorprendido.)—Ahora bien, ¡y así sea yo dichoso! pura y deshonrada... No puedo entenderlo... Os miráis uno á otro, y enmudecéis. Algo horrible y extraordinario volteeja en vuestros labios temblorosos. ¡Yo os conjuro! No os moféis de mi razón. ¿Será pura? ¿Quién dijo pura?

VERRINA.—Mi hija no es culpable.

BORGONINO.—La fuerza, pues... (Coge la espada del suelo.) ¡Genoveses! ¡por todos los pecados del orbe! ¿en dónde... en donde puedo encontrar al forzador?

VERRINA.—Allí mismo, en donde encuentres al que roba á Génova su libertad. (Borgonino se queda atónito; Verrina se pasea pensativo, y después se detiene.)

VERRINA.—Si yo entiendo tus señales, eterna Providencia, te propones redimir á Génova por medio de mi Berta. (Acércase á ella; separa lentamente de su brazo el crespon negro, y luego con solemnidad.) Hasta que la sangre del corazón de un Doria no haya lavado esta mancha infame de tu honor

ni un rayo de sol ha de alumbrar tus mejillas. Hasta tanto... (Echa sobre ella el crespón.) serás ciega. (Pausa; los demás lo contemplan admirados: con mayor solemnidad, poniendo su mano en la cabeza de Berta.) ¡Maldito sea el aire que te consuele! ¡Maldito el sueño que te reanime! ¡Maldita sea toda planta humana, que pueda agradarte en tu miseria! Refúgiate en el rincón más oscuro de mi casa! Solloza, grita, abrevia el tiempo con tus lamentos. (Se estremeca un momento, y prosigue.) Sea tu vida el esfuerzo convulsivo del gusano moribundo... la lucha tenaz y destructora del ser y del no ser... Que mis maldiciones pesen sobre tí hasta que Gianettino exhale el último aliento. Si no, arrástralas hasta la eternidad, hasta encontrar el punto en que se reunan los dos extremos de su círculo. (Silencio sepulcral; todos parecen horrorizados: Verrina mira á cada uno con firmeza é intensidad.)

BORGOÑINO.—¿Qué has hecho, padre cruel? ¿Has pronunciado maldiciones tan monstruosas y horribles contra tu misma hija, tan desdichada como inocente?

VERRINA.—¿No es verdad, tierno amante... que esto es horrible?... (Con energía.) ¿Quién ahora, entre vosotros, se atreverá á hablar de sangre fría y de dilaciones? El destino de Génova depende ahora de mi Berta. Mi corazón paternal garantiza en adelante el cumplimiento de mis deberes cívicos. ¿Quién de nosotros será tan villano, que aplace la liberación de Génova ahora, cuando este cordero inocente expía su debilidad con un dolor infinito?... ¡Por Dios! no era éste el lenguaje vano de un loco... Yo he pronunciado un juramento, y no me compadeceré de mi hija hasta que caiga un Doria; y aunque yo inventase los más refinados tormentos, como el ayudante del verdugo, y desgarrase esta víctima inocente en el caballete caníbal de la tortura... ¿Tembláis?... ¿Me miráis pálidos como espectros? Otra vez, Escipión! La considero como un estímulo para que mates

al tirano. De hilo tan tenue pende tu deber, los míos y los vuestros. Ó sucumbe el déspota de Génova, ó la desesperación es la dote de mi hija. ¡No, no me retracto!

BORGOÑINO. (A los pies de Berta.) ¡Y caerá... caerá en aras de la libertad de Génova! Tan cierto es que esta espada atravesará el corazón de Doria, como que mis labios imprimirán en los tuyos el beso nupcial. (Levántase.)

VERRINA.—Primera pareja, bendecida por las Furias. Daos las manos. ¿Atravesarás con tu espada el corazón de Doria?... ¡Tómala, tuya es!

CALCAÑO. (Que se arrodilla.)—Aquí se prosterna otro genovés, y deposita su acero á los pies de la inocencia. ¡Ojalá que Calcaño encuentre tan fácil la senda, que ha de llevarlo á la dicha eterna, como esta espada la que ha de encaminarla á las entrañas de Doria! (Se levanta.)

SACCO.—No menos resuelto; aunque el último, se arrodilla también Rafael Sacco. Si este acero reluciente no abre las puertas del calabozo de Berta, que el Salvador cierre sus oídos á mi postrera súplica (Se levanta.)

VERRINA. (Tranquilo.)—Os doy las gracias, oh amigos míos, en nombre de Génova. ¡Anda, hija, regocíjate! tú eres la víctima propiciatoria de la patria.

BORGOÑINO. (Abrazándola al salir.)—¡Véte! ¡Confía en Dios y en Borgoñino! Berta y Génova serán libres el mismo día. (Vase Berta.)

ESCENA XIII.

LOS MISMOS, MENOS BERTA.

CALCAÑO.—¡Antes de proseguir adelante, escuchad una palabra, Genoveses!

VERRINA.—La apruebo.

CALCAÑO.—¿Nosotros solos, cuatro patriotas, bastaremos para extirpar la tiranía, esa hidra poderosa de Génova? ¿No debemos levantar al pueblo, y atraer á nuestro partido á la nobleza?

VERRINA.—Ya comprendo. Oídme; ha ya largo tiempo que tengo á mi sueldo un pintor, ocupado en apurar su arte para representar la caída de Apio Claudio. Fiesco es apasionado de la pintura, é impresionable ante la sublimidad de ciertas escenas. Llevarémos el cuadro á su palacio, y haremos que lo vea. Quizás, ante él, su genio se despierte... quizás...

BORGOÑINO.—Lejos, lejos de nosotros. Que el peligro se duplique, no los auxiliares, dice el héroe. Mucho tiempo hace que yo siento algo en mi pecho, afán insaciable y desconocido... Ahora lo veo claro de repente. (Con heroísmo.) Ese algo es un tirano.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO II.

Antesala en el palacio de Fiesco.

ESCENA PRIMERA.

LEONOR, ARABELA.

ARABELA.—¡Yo digo que no! No lo visteis bien. Los celos os prestaron sus ojos odiosos.

LEONOR.—Sí, era la misma Julia. ¡No me contradigas! Mi retrato pendía de una cinta celeste, y ésta era de vivo color de fuego. Decidióse ya mi suerte.

ESCENA II.

LOS MISMOS Y JULIA.

JULIA. (Entrando con afectación.)—Ofrecióme el Conde su palacio, para ver el concurso que se ha de dirigir al Consejo. El tiempo se me hará largo; entretenedme, pues, señora, mientras se prepara el chocolate. (Arabela se aleja, y vuelve en seguida.)

LEONOR.—¿Queréis que llame aquí gente?